

## **Acontecimiento y temporalidad. Tres escenas en (un) acto**

*Nadal Vallespir\**

*“Realizarse, traducirse, convertir en torrente  
diáfano y legítimo el idioma que parece ajeno;  
comunicar a la lengua casi extranjera la materia  
de nuestro espíritu. Esa es la dura, la difícil cuestión.”  
José María Arguedas*

*“¿Cómo sentiría uno el tiempo sin relojes,  
sin el sol, teniendo sólo el cuerpo para medirlo?”  
Juan Carlos Onetti*

### **I.**

*“Oigo el sonido que amo, el sonido de la voz humana,  
oigo todos los sonidos juntos, combinados, fusionados, o  
sucedándose unos a otros...”  
Walt Whitman*

*“El tiempo cronológico impone un desfiladero por el cual se va desplegando el discurso durante el transcurso de las sesiones. Puede generar así la ilusión de un almacenamiento senado de acontecimientos, conductas, modos de relacionarse, etc. Una paciente relata un sueño. Sus asociaciones nos orientan a la relación con su compañero actual y a la escena transferencial. En la sesión siguiente, otro sueño confirma lo visto el día anterior y lo entrelaza con un recuerdo de infancia. Pienso que la interpretación transferencial del primer sueño –una forma de procurar la analizante actuar sobre mí– no se dirige solamente a la transferencia. Creo que el recuerdo de infancia –encubridor como todo recuerdo–, la relación con su compañero y la escena transferencial son tomados conjuntamente por la interpretación. Aunque aparezcan sucesivamente y en más de una sesión. Atravesados por el deseo en la atemporalidad de lo inconciente tienen una existencia solidaria. Cada uno existe en la medida en que se co-pertenece con el (los) otro(s). Más que repetición, creación. Más que repetición, repetición, demanda en la que el deseo está constreñido a expresarse. Más que repetición, condensación, metáfora, intertextualidad. Sólo es posible concebir la escena actual como mera repetición de un suceso que ha «realmente» ocurrido si no se tiene en cuenta que el discurso sobre éste está a su vez inducido por aquella. Tiempos lógicos, deben desarrollarse en una linealidad cronológica, en una diacronía que enmascara la sincronía.” (N. Vallespir, 1995 b).*

---

\* Miembro Titular de APU.

Dirección: Héctor Miranda 2389. CP 11.300. Tel. 710 06 17.

## **Resumen**

Para el psicoanálisis, el tiempo subjetivo, el tiempo psíquico y la memoria, no tienen una existencia simple, sino múltiple, y están registrados en diversas variedades de signos, entre los cuales corre el deseo como un hurón, repitiendo y creando, en una diacronía permanentemente atravesada por la sincronía (por el anudamiento metafórico de la sincronía).

De ese modo las escenas vivenciadas por el sujeto hacen cadena, soportada por la muerte como Amo Absoluto, y por la castración, convocante del deseo.

En la transferencia, esas escenas se hacen acto psicoanalítico por la interpretación del deseo.

El tiempo del psicoanálisis es fundamentalmente el tiempo lógico del a posteriori, que resignifica continuamente esas escenas en renovadas traducciones o creaciones de sentido, que vulneran incesantemente las armaduras de la muerte y el olvido.

Pero el tiempo del psicoanálisis es también, la atemporalidad del inconsciente, ese presente continuo donde no se representa la anticipación de la muerte.

La verdad entonces, es solo huellas, representaciones, invenciones y creaciones del sujeto, donde lo verdadero del acontecimiento y del deseo se entraman y continúan, pero abriendo espacio para la pérdida y el duelo.

La cinta de Moebius figura discretamente estos aspectos diversos del tiempo psicoanalítico, y de la situación transferencial.

## **Summary**

For the psychoanalysis, the subjective time, psychical time, and the memory, don't have a simple existence, but multiple, and are registered in diverse varieties of signs, between which runs the desire as a ferret, repeating and creating, in a dia-chronization, permanently passing through the synchronization (because of the metaphorical conjunction of the synchronization).

In that way, the vivid scenes lived by the subject, make a chain, supported by the dead, as an Absolute Master, and by the castration, convoker of the desire.

In the transference, these scenes become psychoanalytic act by the interpretation of the desire.

The psychoanalytical time, is fundamentally the logical time of the "a posteriori", that re-signifies continuously that scenes in renovated translations of sense creations, that continuously injures the armour of the dead and forgetfulness.

But the psychoanalytical time is also, the unconscious a-temporality, that present continuous where the anticipation of the dead is not represented.

Then, the truth is just footprints, representations, inventions and creations of the subject, where the truth of the events, and the desire interlace and continue, but opening spaces for the loss and the sorrow.

Moebius' ribbon discreetly pictures these diverse aspects of the psychoanalytical time, and the situation of the transference.

**Descriptor: TRANSFERENCIA / DESEO / REPETICIÓN / BANDA DE MOEBIUS / TIEMPO / MATERIAL CLÍNICO**

Autores tema: Lacan, Jacques

Si coincidimos con S. Freud (1914) en que al progresar la cura pueden alcanzar la repetición mociones pulsionales nuevas, nos cabría suponer que la repetición, en tal caso, no sería el resultado de una causalidad lineal en la que un acontecimiento anterior

en el tiempo determina a otro posterior. Lo que se repetiría sería la moción pulsional, el deseo reprimido e indestructible que, atemporal, se abre paso ocasionando y enhebrando las diversas escenas.

Emma produce, “inventa”, su fobia recurriendo al interjuego de dos escenas. Pero sostenidas por la “otra escena”, la del fantasma inconciente. Freud descubrirá el complejo de Edipo posteriormente, en 1897. La serie temporal, diacrónica, de las dos escenas adquiere sincronía al ser éstas anudadas por el errático deseo inconciente. Sin esa “otra escena” no puede establecerse el sentido. Cuando Freud entra en escena, las escenas se hacen acto (psicoanalítico). Es en el tiempo del acto que la palabra (del analizante y del analista) cobra valor. Los dos acontecimientos vivencia-dos sucesivamente por Emma no pueden existir separadamente ni tampoco independientemente del vínculo transferencial con Freud.

*“La transferencia es encrucijada de pasado, presente y futuro, nudo de simbólico, imaginario y real, intersección de tiempo y espacio. El dolor sufrido por algunos analizando es el dolor del descubrimiento y no del hecho histórico, construido sin certeza en un presente que no podemos concebir desengarzado del pasado y del futuro.”* (N. Vallespir, 1995 b). Dejemos hablar a Onetti: “... *quién iba a tocar el sufrimiento de la mujer, la escena o el tiempo que estaba ahora llorando.*” (J. C. Onetti, 1941).

Las escenas constituyen cadena. Podemos designarla propiamente como cadena borromea en la medida en que el corte de una de ellas desanuda todos los eslabones. Cadena siempre soportada por la muerte y la castración (convocante del deseo), que hacen nudo existiendo a aquella sin que por esto se pierda la cualidad borromea.

## II.

*“Caminante, son tus huellas  
el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino  
se hace camino al andar.”*  
Antonio Machado

Se hace camino al andar... hacia la muerte. La muerte, Amo absoluto, acontecimiento real por excelencia, bordea el horizonte. Es su presencia, a veces disimulada, otras descarnada, a menudo renegada, la que inicia la senda. Sin ella no habría temporalidad ni historia. La temporalización y la historización del ser humano le están subordinadas. Son tributarias de esa anticipación, de ese futuro anterior, de esa certeza de la muerte que, con la castración, nos fija nuestros límites: finitud e incompletud. El tiempo no podrá sustentarse en las vicisitudes de su linealidad cronológica si no es perpetuamente atravesado por el tiempo lógico, el a posteriori, en continuas resignificaciones, renovadas traducciones o creación de sentidos.

El trabajo de memoria intenta vulnerar la armadura de la muerte y del olvido pero a su vez se elabora con recuerdos y desmemoria, con olvidos y recuerdos encubridores, con inscripciones significantes y represión. En la presentación del volumen de su traducción al francés de las obras completas de Felisberto Hernández (editorial Le Seuil), Gabriel Saad (1997), nos proporciona agudas apreciaciones del narrador uruguayo. *“Mis cuentos no tienen estructuras lógicas. A pesar de la vigilancia constante y rigurosa de la conciencia, ésta también me es desconocida”,* decía el escritor, quien se esforzó siempre en bucear en sus recuerdos y lanzarlos hacia el futuro *para convertirlos en una fuerza que me permitirá mantenerme en el aire mientras la muerte pasa sobre la Tierra.”*

¿Podríamos atribuir la atemporalidad de lo inconciente a la ausencia de representación de la muerte? Muerte que atinamos a balbucear en el imaginario y el

simbólico pero que se nos rehúsa en un real incognoscible. Penoso aprendizaje de nuestros límites, difícil de asimilar.

¿Qué nos queda del acontecimiento? Huellas, representaciones. Y ese es el camino, y nada más. ¿Quién puede contar la verdad del hecho? Verdi pensaba que contar la verdad puede ser meritorio, pero mucho, mucho mejor es inventar la verdad. Agreguemos de Braque (citado por J. Allouch, 1994): *“Las pruebas fatigan la verdad.”* La verdad jamás podrá ser contada y cuanto más la abriguemos con pruebas más se nos escamoteará. La verdad debe ser “inventada”, creada. Por supuesto que me deslizo de la verdad sobre el acontecimiento a la verdad del deseo. ¿Pero no hay cierta continuidad entre ambas que legitime este deslizamiento? Recordemos que según S. Freud (1900) la vana búsqueda de la repetición de la vivencia de satisfacción es el origen del deseo, que halla su modelo en la realización alucinatoria. Tres escenas se conjugan: tensión generada por el surgimiento de las excitaciones endógenas (hambre); acción específica efectuada por una persona exterior para suprimir dicha tensión (suministro de alimento); reaparición de la tensión, reinversión de la imagen del objeto y producción de una alucinación. El acontecimiento ocurre en un momento lógico anterior a la constitución del deseo, en un *“tiempo mítico, creador de (y creado por) otros tiempos, gestor de una pérdida que será (es) marca, huella imborrable, primordial en la discriminación y estructuración del sujeto psíquico.”* (N. Vallespir, 1995 a).

Tiempo mítico que instaura la dimensión espacio-temporal en la que se desenvolverá el sujeto, instalándolo paradójicamente en un tiempo que no transcurre, anclaje atemporal del deseo y del duelo en lo inconciente inaugural.

El acontecimiento nunca podrá ser evocado. Tampoco conservado en algún lugar inaccesible. Ni siquiera conocido en el momento mismo de su acaecimiento. Queda en deuda con nosotros, deuda para siempre impaga. Límites homólogos de nuestra incompletud. Hay un real evasivo, insondable, del cual el imaginario y el simbólico no pueden dar cuenta. Además, sólo quedarán huellas, trazas de tal o cual detalle acaso marginal, jirones alimentados por la pulsión, registro inconcluso –como el ser humano mismo– abrevado por el deseo. El relato que se construye sobre el (los) acontecimiento(s) es invariablemente parcial, velado, encubridor, tendencioso. Es construcción de una historia oficial que deja un resto al margen, en el borde; resto que se sustrae cuando se crea. Pero esa es otra historia. Represión –retorno de lo reprimido (es la misma cosa)– mediante, algo de aquel podremos por fin atisbar.

¿Y si soñamos? O también: cuando forjamos fantasías, chistes, actos fallidos, síntomas... El sueño de la inyección de Irma, del que Lacan hizo la exégesis, es paradigmático. En las asociaciones de Freud, fantasía y recuerdo se entretrejen como en la narrativa de Felisberto. En los sueños, las fantasías y las demás formaciones de lo inconciente, el deseo –fuego eterno, eternamente condenado a su insatisfacción– se realiza, se introduce en la realidad, en la dimensión temporal, procurando su reconocimiento. ¿Qué existencia tiene el deseo fuera de su realización? Es S. Freud (1893-1895) mismo quien se pregunta: *“¿Se debe suponer que se trata realmente de pensamientos [inconcientes] nunca producidos, y para los cuales existía una mera posibilidad de existencia, de suerte que la terapia consistiría en la consumación de un acto psíquico interceptado entonces?”* Casi veinticinco años después (S. Freud, 1919), afirma que la segunda fase de la “fantasía de paliza” es la más importante y, sin embargo, en algún sentido nunca ha tenido una existencia real. Es construida por el análisis. ¿Existe en el real? En el sueño de Freud, emerge una imagen terrorífica. Imagen que condensa la muerte, la castración, el abismo, el pozo, lo innombrable, lo real último, el objeto primitivo *“... que ya no es un objeto...”*, *“... el objeto de angustia por excelencia...”* (J. Lacan, 1954-1955). Y también el objeto de deseo por excelencia, el objeto causa del deseo (posteriores teorizaciones de Lacan nos autorizarían a pensarlo como la Cosa). Y del duelo. La imagen se ofrece, fugitiva, a una mirada furtiva que

vislumbra, ya que no puede ser de otro modo, un real inexpugnable. La fórmula de la trimetilamina trasunta el simbólico que no puede estar ausente.

### III.

*“tanteo recorro camino la otra cara  
la fabulosa cara la doble cara la misma  
cara tu cara anacrónica  
mi cara alquimia social  
¿te asustas? ¿respiras? ¿comprendes?  
te veo y nos ven sobremanera  
el rostro semblante fachada  
o superficie anterior no olvides  
recuerda el anverso presencia  
marchando a hasta para por  
según sin sobre la cara de dos vueltas  
interminables”  
Amanda Berenguer*

El tiempo avanza por la cinta, a veces sin prisa, otras vertiginoso, en busca de una meta que nunca podrá alcanzar. Por momentos parece detenerse, tropezar, rehacerse y continuar su marcha. Se encuentra con acontecimientos (pretendidos) externos e internos. La banda intenta desmentirlo. Sorprende a sus ojos impasibles, desconcertándolos con la subversión del espacio cotidiano. Transita por un derecho que, no bien completa la vuelta sin cruzar *el* borde, es *el* revés; pero una segunda vuelta lo reinstala en aquel derecho. ¿Nuevamente en el punto de partida? *“El tiempo nunca muere, siempre está comenzando.”* (P. Eluard). Derecho y revés, externo e interno, se continúan uno en el otro y sólo él, el tiempo, consigue diferenciarlos, abrir una brecha. El tiempo hiende la continuidad y sin su presencia, fallante en lo inconciente, no podemos deslindar los acontecimientos externos de los internos.

J. McDougall (1984) relata un sueño suyo al que recurre reiteradamente por las enseñanzas que nos propone. La autora puede reconocer el deseo incestuoso homosexual de una paciente por medio del análisis de este sueño. Los restos diurnos provienen de una sesión que la dejó desconforme, en la que la analizante menciono la llegada tarde a una cita. Luego McDougall sueña y descubre su propio deseo homosexual reprimido. Un lapso separa las dos escenas. Un acontecimiento “exterior” incita a uno “interior” –el sueño– que manifiesta un elemento común con la sesión: llegar tarde a una cita. Pero uno se continúa en el otro y en el “tiempo atemporal” que convoca a analizante y analista se sella el vínculo de ambas. Lo ocurrido en la sesión es un acontecimiento tan interior como el sueño. Y es así para las dos protagonistas del proceso psicoanalítico. *“La especialidad acaso sea la proyección del carácter extenso del aparato psíquico... Porque es extensa...”* (S. Freud, 1941 [1938]). El deseo homosexual reprimido tanto de (por) la analista como de (por) la analizanda soporta la continuidad de los acontecimientos.

Acontecimiento, según el Diccionario de uso del español de M. Moliner (1992), significa, entre otras cosas, mediar, hecho, ocurrencia, suceso. El vocablo suceso tiene entre sus acepciones la de transcurso del tiempo y, bajo el término suceder, queda emparentado a una serie de palabras que remiten a sustitución y sucesión. Mediar, por su parte, hace referencia a: interponerse; ocurrir en cierto intervalo o en el curso de otra cosa (como un lapsus, un acto fallido, un chiste...); transcurrir un intervalo de tiempo entre dos hechos o sucesos de que se habla; existir o estar una cosa entre otras dos.

El sueño de McDougall sucede y sustituye a las ocurrencias de la paciente en la sesión, implicando el decurso del tiempo. Simultáneamente, media, se interpone, ocurre

entre lo sucedido en esa sesión –que, a su vez, sucede a otra(s) anterior(es)– y la siguiente, en la que la interpretación del deseo se hará acto psicoanalítico. Media entre el deseo de una y el de la otra y los sustituye. Sustitución que no cesa de dar cuenta de su represión inexorable.

La cinta de Moebius figura diversos aspectos de la situación transferencial. Deseo-duelo, amor-odio, amor-muerte, interno-externo, espacio-tiempo, diacrónico-sincrónico, transferencia del analizante-transferencia del analista, análisis terminable-análisis interminable configuran pares susceptibles de ser atravesados localmente, punto por punto, como las dos caras de una superficie. Sin embargo, debido a que la banda en su conjunto, por la continuidad establecida en su estructura, tiene una cara única, cada miembro del par se encontrará en su infatigable transitar con aquel que se ha constituido como su correspondiente. Esto no se refiere solamente a cada uno de los pares considerados aisladamente sino que los vincula –los alterna, los opone, los solidariza– en la complejidad de la relación transferencial. Las dos escenas de Emma (tres, si no excluimos la escena con Freud que las anuda y hace acto) o las múltiples escenas de la transferencia pueden ser discernidas puntualmente pero dejan de serlo cuando sus fronteras se desvanecen, al ser sostenidas por la atemporalidad del deseo indestructible. Al recorrer la cinta divisamos un horizonte, pero cuando hemos llegado a él otro se presenta, por lo que nunca alcanzaremos el final. Cada vuelta requiere un tiempo y el punto por el que volvemos a pasar una y otra vez ya no es el mismo. El proceso psicoanalítico se des-arrolla en espiral en el tiempo, resignificando con nuevos sentidos aquello que, tan sólo aparentemente, es una obstinada repetición.

### **Acto (final)**

*“Lo que denominamos el comienzo con frecuencia es el final. Y llegar a un final es llegar a un comienzo. El final es de donde partimos...”*  
Thomas Stearns Elliot

Es casi el momento de concluir. Vendrá luego un tiempo para comprender, para realizar un trabajo de elaboración, reflexionando desde los interrogantes suscitados por algún instante de ver. *“Coherente con su término es para mí el punto de partida, pues a él de nuevo tendré que volver.”* (Poema de Parménides). En el momento de concluir debo retornar al punto de partida.

Freud (1893-1895) considera que *“... para el éxito del trabajo parecía indiferente que ella tomara como tema esa repulsión psíquica en el caso histórico o en el reciente conmigo.”* Se refiere a dos escenas: la transferencial, en la que la paciente desea ser besada por él, y otra, acontecida muchos años antes, en la que el deseo estaba orientado hacia el hombre con quien conversaba. Otra escena –la edípica– hace cadena con éstas. Freud, así como le ocurrió con Emma, no dispone de ella por entonces. Las tres escenas se hacen acto en el momento del acontecimiento. La interpretación dirigida a una de las escenas no se pronuncia sin provocar consecuencias en las demás. Tiene efecto de corte. Al seccionar uno de los anillos, la cadena se desanuda, se deshace; el deseo aparece –velado–, su verdad se revela aunque sólo a medias. Es un instante de apertura de lo inconciente, en que el real puede ser avizorado a través del imaginario (la imagen de la garganta de Irma en el sueño de Freud, por ej.) y del simbólico (la palabra que cobra valor del analizante y del analista). El dicho de un sueño, de un lapsus o de una interpretación son acontecimientos que, en la inflexión del tiempo propia del acto psicoanalítico, precipitan el instante de ver, dan razón al momento de concluir (des-enlace) y generan el tiempo para comprender.

Escribe L. M. Porrás de Rodríguez (1990): “Al quedar vinculadas la primera experiencia con la segunda en esta observación (analista-analizando «a una paciente en una trampa especular»), se con-figuró un nuevo encuentro, relación de tres en donde la «interpretación» salva la situación dual de «M.D. con su paciente», y la de «la analista con su analizanda» (en su escucha vivida casi alucinatoria). El analista recupera(n)do en esta escena lo que quedó suspendido de la «otra escena.» En una nota a pie de página aclara: “Segunda en un sentido lógico, no cronológico porque siempre «algo» tiene que ver con los propios duelos, diríamos que hubo una conjunción significativa en esta experiencia de una ausencia convocada por la muerte.” En otra alude a un recuerdo de la infancia surgido mientras escribe sobre los trastornos respiratorios del paciente de su analizanda, cuyo relato le causó la suspensión de su respiración.

Tres escenas enlazadas por la pérdida, la ausencia, el vacío, la muerte: un recuerdo de la infancia (vinculado a los duelos cíclicos de la analista) la experiencia de la muerte inesperada de un paciente el mismo día de su sesión y, siete años después, el insistente relato de una analizante de sus sesiones (como psicoterapeuta) con un adolescente que padece una enfermedad crónica en su fase terminal. “Uno no sabe quién se muere”, le dice la analista a M. D. en un momento de la sesión. Dicho que atraviesa al sujeto produciendo un acontecimiento que hace acto psicoanalítico. Las tres escenas convergen en ese acto. Acto que es instante de ver, que será sucedido por un momento de concluir y por un tiempo para elaborar, para efectuar un trabajo de duelo. El duelo de la analista tendrá así “solución psicoanalítica”, como concluye la autora.

El complejo de castración también necesita por lo menos de tres tiempos, tres escenas, para constituirse, organizándose en torno a la castración de la madre. Inseparable del deseo, ocupa junto a la muerte (¿que se devela parcialmente en su verdad inaprehensible en ocasión de la muerte del padre, agente de aquella?) ese lugar vacío, existente, que brinda soporte a la cadena. Jalones de historia se entrelazan, restando ese hueco, ese agujero, donde ambas –muerte y castración– anidan. Como el objeto *a* en el nudo borromeo de los tres registros de Lacan. La muerte, ¿no es acaso el objeto *a*?

Al terminar, leo en un periódico (1997) “... que la hora de la muerte para un ser humano será pronto pronosticable, gracias al descubrimiento de unos elementos dentro de los cromosomas. Los elementos funcionan como un «timer», es decir que son los relojes biológicos de un organismo a nivel celular.” La información fue publicada por el semanario británico Independent on Sunday.

Si esta predicción fuera posible, ¿qué consecuencias tendría? ¿Cómo incidiría sobre nuestras vivencias del tiempo y de los hechos? ¿Se modificaría la resignificación por la muerte de los avalares de la vida? Ciertamente, este pronóstico jamás podrá cumplirse. No exactamente, al menos. La maquinaria del reloj biológico puede ser alterada por los acontecimientos que (le) suceden en el (al) sujeto, que no cesan de continuarse en su aparato psíquico extenso. También aquí hay un real que se evade, algo imponderable, algo que no se deja abarcar. La vida no perderá su sabor... ni sus infortunios.

## **Bibliografía**

1. BRAQUE. Citado por ALLOUCH, J. 1994. **Freud, y después Lacan**. B. Aires, Edelp, 1994.
2. FREUD, S. 1893-1895. **Estudios sobre la histeria**. Obras completas. Volumen 2. B. Aires, Amorrortu editores, 1980.
3. FREUD, S. 1900. **La interpretación de los sueños**. Obras completas. Volumen 5. B. Aires, Amorrortu editores, 1979.
4. FREUD, S. 1914. **Recordar, repetir y reelaborar**. Obras completas. Volumen 12. B. Aires, Amorrortu editores, 1980.
5. FREUD, S. 1919. **“Pegan a un niño”**. **Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales**. Obras completas. Volumen 17. B. Aires, Amorrortu editores, 1979.
6. FREUD, S. 1941 (1938). **Conclusiones, ideas, problemas**. Obras completas. Volumen 23. B. Aires, Amorrortu editores, 1980.
7. LACAN, J. 1954-1955. Seminario 2. **El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica**. Barcelona, Ediciones Paidós, 1983.
8. LA REPÚBLICA. 1997. Artículo publicado el 2 de febrero sin firma.
9. LA REPÚBLICA. 1997. Artículo publicado el 3 de marzo sin firma.
10. MCDOUGALL, J. 1984. **Semblanza de Eva**. En: Simposio “Las muchas fases de Eva: más allá de los estereotipos psicoanalítico y feminista”. Los Ángeles, febrero 25-26, 1984.
11. MOLINER, M. 1992. **Diccionario de uso del español**. Madrid, Editorial Gredos, s. a., 1992.
12. ONETTI, J. C. 1941. **Tierra de Nadie**. 2ª edición. Montevideo, E. B. O., 1965.
13. PORRAS de RODRÍGUEZ, L. M. 1990. Analizando. Sobre una forma particular de duelo. **Rev. Uruguaya de Psicoanálisis**, 72-73. A.P.U. Montevideo, 1991; PP. 187-202.
14. VALLESPER, N. 1995 a. **Tiempo, identificación e interpretación**. En: “Lo arcaico, temporalidad e historización”. IX Jornadas Psicoanalíticas. A.P.U. Montevideo, setiembre, 1995; pp. 483-489.
15. VALLESPER, N. 1995 b. **Todos los fuegos (duelos) el duelo (fuego)**. Inédito.